

La literatura está de enhorabuena: por vez primera han sido reunidos todos los relatos y fragmentos narrativos de Leopoldo Alas, uno de los grandes maestros del género. Además de un artículo de Carolyn Richmond, autora de la edición de *Cuentos completos* (Alfaguara), *ABC Cultural* incluye la crítica de los dos volúmenes, así como la de *Siglo pasado*, la colección de ensayos de «Clarín» que acaba de publicar Llibros del Pexe

Cuentos nacidos de la tentación

Carolyn Richmond

La publicación ahora, por fin, de las narraciones breves de Leopoldo Alas, «Clarín» (1852-1901), viene a ser un acontecimiento literario de suma importancia, pues reúne por vez primera, en dos tomos complementarios, no sólo aquellos cuentos que en su día fueron recopilados en volumen por su autor, sino también una serie de relatos y fragmentos narrativos suyos *inéditos* —o sea, aparecidos en la Prensa durante la vida del escritor, o bien de reimpressiones póstumas—, textos que llegan a formar, en su conjunto, un testimonio excepcional de las dotes artísticas, así como intelectuales, de este gran escritor cuyo centenario se celebrará a lo largo de todo el año que viene.

Invitada a comentar en estas páginas la significación de dicha extensa obra cuentística, creación de quien fuera durante un cuarto de siglo —época que corresponde, recuérdese, al apogeo de la Prensa decimonónica en este país— el más respetado y, sobre todo, temido crítico literario de España, conocido hoy en día sobre todo como autor de una de las más densas, y extensas, novelas españolas de ese siglo —*La Regenta*—, se me ocurre referir aquí, siquiera brevemente, el transcurso paralelo de dos trayectorias editoriales —la suya y la mía— a lo largo de las últimas tres décadas, años durante los cuales me he venido convirtiendo, por alguna misteriosa *fuerza del sino*, en compañera inseparable del viejo narrador «Clarín».

Empezó dicha relación *fatal* sucumbiendo a una tentación. Pasaba yo, en calidad de becaria Fulbright, una temporada larga en aquel Madrid, duro y seguro, de mediados de los años sesenta. A nosotros, jóvenes norteamericanos entregados ante todo a los *deleites* —culinarios, turísticos y culturales— con que llegábamos a suplementar, en las horas de ocio, nuestras tareas de investigación, apenas nos habían llegado indicios de la —ahora— famosa *apertura* de España hacia el exterior. La atmósfera del franquismo que a diario se respiraba era sombría y, sobre todo, llena de unas prohibiciones para nosotros constantemente sorprendentes, amén de que nos parecían muchas veces el colmo de la ridiculez...

Deseosa de alguna lectura en la que deleitarme, en esa ocasión también aprovechando, consulté a un compañero mío, que no dudó en recomendar una interesantísima, y

en aquel entonces poco conocida, novela titulada *La Regenta*: «Algo que te proporcionará lectura durante un buen rato», a continuación me prometió. Me apresuré, tan ilusionada como ignorante, a dirigirme, una tras otra, a varias librerías donde, al pedirla, hube de sufrir repetidos rechazos entre sorprendidos y cortantes: «Pero, ¿no sabe usted —por fin me preguntó, con voz severa, una empleada— que ese libro está *prohibido*?» (Han pasado más de treinta años y me acuerdo todavía del tono, antipático y autoritario, en que me sermoneó).

Asunto concluido. Enteramente seducida ya por la *tentación*, encontré al fin la *pecaminosa* novela en la biblioteca de la calle de Medinaceli, donde la devoré, cual Eva la manzana, con una voracidad realizada precisamente por la sensación del pecado que estaba cometiendo, y esto bajo la vigilancia de otra señora de aspecto inquisitorial. Era aquella una hermosa edición antigua en dos tomos, con tapas en azul y rojo, y los famosos grabados de Gómez Polo...

Enganchada, volvería al cabo a mi país a leerme ahí, sin impedimento alguno, toda la obra narrativa del autor de *La Regenta* y escribir una tesis doctoral dedicada al análisis de la segunda, y última, novela larga del autor, *Su único hijo*, proceso de aprendizaje intelectual que me permitiría apreciar sobre todo la enorme complejidad, documentada *a posteriori* en la correspondencia de Alas con sus editores, de la larga gestación de dicho libro, así como de lo ambiguo y problemático de su contenido mismo.

Arrancan estas dos grandes novelas, cada una a su manera, precisamente de lo prohibido: de una situación donde sendos protagonistas —Ana Ozores y Fermín de Pas en la primera; y en la segunda, Bonifacio Reyes— se sienten atraídos por la *tentación*. De modo parecido, el centenar largo de textos narrativos reunidos en la presente edición de sus *Cuentos completos*, a cuya recopilación, estudio y elucidación he dedicado en parte las últimas dos décadas de mi

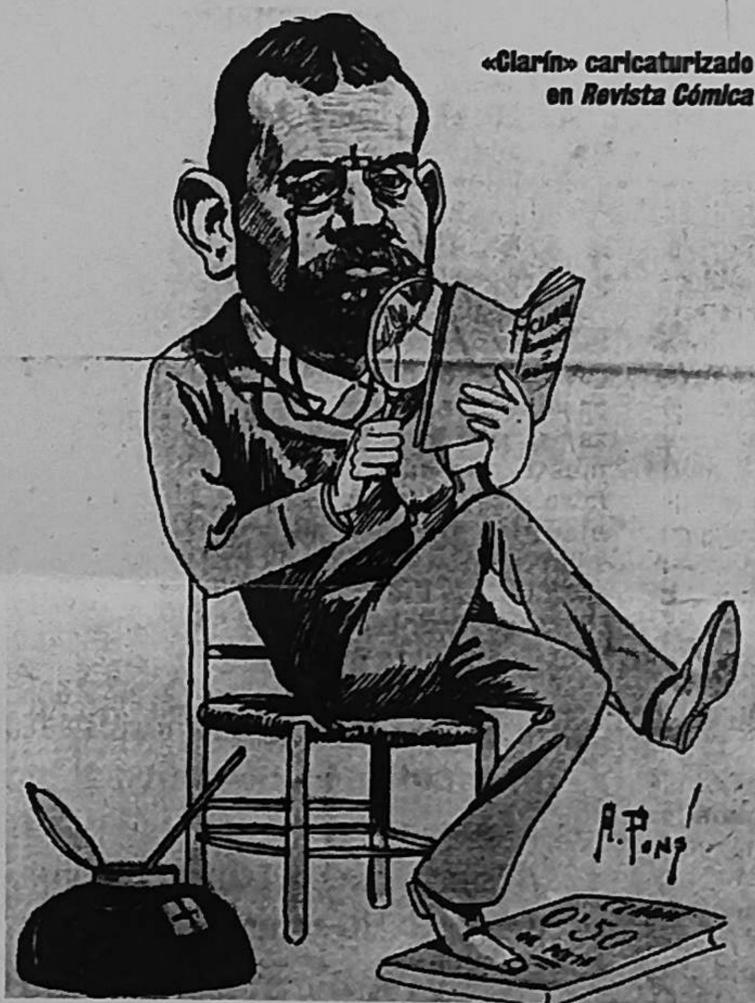
vida profesional, *nacen* asimismo en su inmensa mayoría —cada uno a su modo, claro está, pues son de una enorme variedad temática— de alguna *tentación*: tanto la sentida por los personajes de ficción como la experimentada, sospecho yo, por el propio autor, Leopoldo Alas, quien desde 1875 empezaría a firmar sus colaboraciones, ensayísticas y creativas, en la Prensa periódica con el seudónimo de «Clarín».

ridas narraciones *inéditas* suyas, que resultan ser al mismo tiempo, en cuanto reflejo íntimo de su autor, sumamente reveladores. Acabados unos, otros sin concluir, tienden a girar —quizá más aún que aquellas narraciones breves recopiladas en vida por su autor— en torno a lo prohibido. En estos textos no siempre tan *morales* —calificación elegida por Alas para el título de otro volumen de *cuentos* suyos, publicado en 1896—, se introducen, a través de personajes con frecuencia bastante *parecidos* al hombre que los creó, temas más bien vedados en aquel entonces, como por ejemplo el del suicidio.

Volviendo ahora al conjunto cuentístico de «Clarín», habría que subrayar la gran autenticidad de la mayoría de estos relatos, precisamente por reflejar, en su fondo, las preocupaciones, contradicciones, ansiedades y luchas internas de su creador, cuyas propias *tentaciones* —tanto sexuales como las que corresponderían a otros pecados capitales— sólo se pueden resolver mediante una *dosis* de moralidad, constituyendo así en su totalidad, según reza el subtítulo del clásico estudio de Laura de los Ríos, la *proyección de una vida*. En ellos se pueden rastrear, además, huellas y *vislumbres* que se rela-

cionan, *íntimamente*, con el proceso creador de una y otra de las dos novelas grandes, pues toda la obra clariniana —e incluyo aquí la ensayística y crítica— encierra una profunda intertextualidad que remite, claro está, a la persona y la pluma de quien la redactó.

De la *tentación* —la suya, así como, también, una padecida por mí— han nacido al fin, sin censura externa ni restricciones editoriales, estos *cuentos*, por primera vez *completos*, del gran maestro de este género literario que fue don Leopoldo Alas, alias «Clarín». Que gocen de ellos por muchos años tanto quienes en parte los conocían ya como quienes, gracias a esta publicación de relevancia histórica, los van a descubrir ahora. ■



«Clarín» caricaturizado en Revista Cómica

La utilización de dicho seudónimo le permitiría, consciente o inconscientemente, apartarse hasta cierto punto de su identidad civil, convirtiéndose así aquél —tal como ocurriría durante una breve fase de aprendizaje juvenil, con el apodo de «Juan Ruiz» (o «Ruyz»)— en una especie de disfraz *libertador*. Al reunir después en volumen, bajo la firma de «Leopoldo Alas», aquellos relatos para los que desearía garantizar una cierta inmortalidad, les concedía a la vez una especie de *imprimatur* autorial.

¿Y los otros —«lo demás», según reza en parte el título de una recopilación esmeradamente preparada por el propio Alas en 1893—? También «*son cuentos*» (o, si se quiere, «relatos») aquella treintena de antes refe-